

SAN CALIXTO, PAPA Y MÁRTIR

Día 14 de octubre

Por P. Juan Croisset, S.J.

Nada encontramos escrito de San Calixto antes de su pontificado; sólo es cierto que fue individuo del clero romano, y que se distinguió en él por su eminente virtud, por su profunda erudición, por su caridad y por su celo; supuesto que muerto nuestro San Ceferino, cuyo martirio sucedió el día 26 de Agosto del año 218, algunos meses después, de comun consentimiento, y á una voz, fue elevado San Calixto á la Silla Apostólica.

Durante su pontificado no padeció la Iglesia persecución alguna, concediéndola Dios la paz después de la muerte del emperador Severo. Había más de seis meses que reinaba ya Heliogábalo, el más indigno príncipe que deshonró jamás el trono imperial, tan enteramente entregado á sus infames disoluciones, que no tenía tiempo ni aun para acordarse de los cristianos. Nada omitió el santo Pontífice para aprovecharse todo lo posible de esta calma. Excitaba el fervor de los fieles de Roma con exhortaciones, y los animaba á la más encendida caridad con sus ejemplos.

Aún amanecieron mucho más serenos aquellos tranquilos y bellos días de la Iglesia, el año de 222, cuando Roma y el imperio se vieron libres de Heliogábalo. Su sucesor Alejandro se mostró tan favorable á los cristianos, que les dejó la mayor libertad que habían tenido para profesar su religión. Suscitóse un pleito entre los cristianos y los taberneros de Roma sobre cierto sitio, que éstos pretendían para poner en él una

taberna, y aquéllos para juntarse á los santos ejercicios de su religión. El Emperador se le adjudicó á éstos, sin embargo de haber representado que se le habían usurpado al pueblo. *No importa*, respondió el Emperador: *mejor es que en él sea adorado Dios, sea como fuere, que el que le ocupe un tabernero*. Luego que se vio en posesión de él San Calixto, levantó allí mismo una iglesia en honor del parto de la santísima Virgen, por ser antigua y constante tradición entre los fieles que, en el instante en que parió esta Señora, había brotado en aquel mismo sitio una copiosa fuente de aceite. Llámase hoy esta iglesia *Nuestra Señora de Trans Tiberim*, y desde aquel tiempo comenzaron los cristianos á tener iglesias públicas á vista de los gentiles, con permisión ó con tolerancia de los magistrados.

Por el mismo tiempo mandó San Calixto fabricar en la vía Apia aquel famoso cementerio de su nombre, el más capaz y más célebre de todos los que hay en el contorno de Roma, pues se asegura están sepultados en él hasta ciento y setenta y cuatro mil mártires, y entre ellos cuarenta y seis papas.

El año 224 del nacimiento de Cristo, cayó un rayo en la parte meridional del Capitolio, y abrasó una gran parte de aquel soberbio edificio. Al mismo tiempo prendió fuego en otro templo dedicado á Júpiter, cabeza de los dioses; y desprendiéndose por sí misma la mano siniestra de su estatua, se derritió en medio de las llamas. Atemorizáronse los idólatras con uno y otro suceso; juntáronse los sacerdotes de los ídolos, y convinieron en que los dioses estaban irritados, y que era menester aplacarlos con nuevos sacrificios. Destinóse para este acto público de religión el jueves siguiente, día dedicado á aquella quimérica deidad. Habíase dado principio desde el amanecer á aquellas abominables supersticiones; y cuando estaban, más distraídos en ellas,

el cielo se encapotó de repente, y rompió en una tempestad tan deshecha y tan furiosa, que cuatro sacerdotes de los ídolos perdieron la vida, y el altar de Júpiter quedó reducido á ceniza. Apoderóse de los idólatras tanto temor y tanto espanto, que muchos de ellos huyeron apresuradamente hasta ponerse en salvo fuera de la ciudad. Otros se retiraron á la otra parte del Tiber, y, refugiándose á lugares apartados, encontraron al santo Pontífice con sus clérigos y con una multitud de fieles que se habían juntado para cantar las divinas alabanzas en los sepulcros de los Santos Mártires. Entre los gentiles que iban huyendo, era uno Palmacio, varón consular; y habiendo visto toda aquella gente junta, notando también las sagradas ceremonias de nuestros divinos misterios, no puso la menor duda en que todo el estruendo de rayos y de tempestades era efecto de aquellas secretas ceremonias, hechicerías y encantos de los cristianos; ridícula y extravagante opinión, que pasó luego á ser popular. El mismo Palmacio, celosísimo gentil, fue de los primeros a delatar á los cristianos ante el gobernador, exponiéndole lo que había visto por sus ojos, y todo lo que había sospechado. Nada se detuvo en deliberar el gobernador, y dio comisión al propio Palmacio para aprehender á aquellos imaginarios encantadores, y para obligarlos con todo género de tormentos á sacrificar á los dioses del imperio.

Animado Palmacio de un celo tal que declinaba en furor, tomó consigo un destacamento de soldados, y los llevó al sitio donde estaban congregados los cristianos. Pero ¡oh asombroso prodigio!, luego que llegaron á él, todos los soldados perdieron de repente la vista, y, atemorizados con tan extraño accidente, se pusieron todos en precipitada fuga. Palmacio más aturdido que todos, voló á casa del prefecto y le contó cuanto había sucedido. Ni por eso se dejó de atribuir aquel nuevo portento al arte mágico de los cristianos; y para eludir la

fuerza de los supuestos encantadores y hechiceros, se acordó que era preciso hacer en el Capitolio un sacrificio en obsequio de Mercurio. Apenas se había dado principio á la sacrílega ceremonia, cuando una virgen del templo, llamada Juliana, que estaba poseída del demonio, comenzó á exclamar en medio de todo el concurso: *El Dios que adora Calixto es el verdadero Dios, no puede sufrir las abominaciones de vuestra república, y castigará á todos aquellos que no adoran la verdad.* Hizo tanta fuerza á Palmacio esta confesión de la verdad por la boca misma del demonio, compelido de Dios á dar testimonio de ella, que, saliéndose disimuladamente del templo, se fue á arrojar á los pies del santo Pontífice, confesando á voz en grito que no había otro verdadero Dios que el Dios de los cristianos, y le pidió con las mayores instancias el bautismo. Así San Calixto como todos aquellos fieles rindieron mil gracias al Señor por tan milagrosa mudanza. Fue Palmacio en breve tiempo instruido y bautizado, siguiendo tan glorioso ejemplo su mujer, sus hijos y sus criados, hasta el número de cuarenta y dos personas.

No podían menos de meter mucho ruido unos prodigios tan extraordinarios. Aunque el gobernador de Roma, por no tener orden del Emperador, procedía lenta y flojamente en las quejas, que cada día llegaban á su tribunal contra los cristianos, le pareció que ya no podía disimular más, temiendo algún alboroto del pueblo. Levantaban el grito los sacerdotes de los ídolos, y los paganos amenazaban una sedición, si no se castigaba á los que, á su modo de entender, eran la causa de las calamidades públicas. En tan críticas circunstancias mandó el prefecto arrastrar á todos los recién convertidos, juntamente con el presbítero Calepodio, que era el que los catequizaba, y sin otra formalidad de proceso los mandó cortar á todos la cabeza. Dio después sus órdenes expresas para que por todas partes se

buscase á San Calixto, autor de todas aquellas conversiones, persuadido á que su muerte sosegaría el furor del pueblo. Hallósele en casa de Ponciano, donde regularmente se retiraba para celebrar el santo sacrificio y los divinos oficios. Cargáronle primero de palos, y después de cadenas, metiéndole en la cárcel, donde le dejaron cinco días sin darle el menor alimento. Sosteníase con el vigor de su fe la flaqueza de su cuerpo, debilitado con sus apostólicas fatigas, con sus rigurosas penitencias, y extenuado con sus continuos ayunos. Quísole Dios recrear en sus tormentos, no sólo con las dulzuras interiores que inundaban su corazón, sino con una visión que le llenó de consuelo. Apareciósele el santo mártir Calepodio, y le anunció que se acercaba ya el día de su triunfo, asegurándole que el día siguiente recibiría la corona, que Dios le tenía preparada en el Cielo. En el mismo día tuvo todavía tiempo para bautizar á un soldado por nombre Privato, y para verle repentinamente sano de muchas úlceras que tenía abiertas en su cuerpo; beneficio que logró en el mismo punto en que fue reengendrado por las aguas del bautismo. Noticioso el prefecto de este último hecho, pronunció sentencia de muerte contra el santo papa y contra el dichoso soldado, el cual expiró á violencia de los azotes que le dieron con correas emplomadas. Arrojóse después el furioso populacho sobre nuestro Santo, arrastróle inhumanamente por las calles, y al fin le echó en un profundo pozo, donde puso fin á su glorioso martirio el día 14 de Octubre de 224, habiendo ocupado la Silla Apostólica cinco años, un mes y doce días. Diez y siete días después de su martirio sacó del pozo el santo cuerpo un presbítero llamado Asterio, y le enterró en el cementerio de San Calepodio, en la vía Aureliana. El año de 854 consiguió el conde San Everardo del Papa León IV el cuerpo de San Calixto, y el año siguiente le hizo conducir al monasterio de Cisoín, que el mismo conde había fundado, cuya iglesia se dedicó á nuestro Santo;

pero habiendo sujetado el monasterio de Cisoin á la iglesia de Reims él conde Rodolfo, hijo de San Everardo, el Arzobispo de Foulquesó Fulcón hizo trasladar á Reims el cuerpo de San Calixto, para liberarle de los insultos de los normandos, y en aquella santa iglesia es reverenciado con gran concurso del pueblo.